

presenciar los juegos de cañas que se hicieron en celebridad de su nacimiento, y como si esto hubiera sido el pronóstico de sus aficiones futuras, desde que llegó á la pubertad hasta que los años y los achaques le imposibilitaron, fué siempre el primero á lucir su persona en los ejercicios caballerescos, en los torneos, en las corridas de toros y en los juegos de cañas, que nunca fueron ni mas numerosos, ni mas frecuentes, ni mas concurridos, ni mas lujosos en galas y en cuadrillas de justadores, de escuderos y de músicos, que en su reinado; que todo lo traia la aficion y el ejemplo personal del rey. Costaba trabajo hacerle ir á presenciar, siquiera fuese de lejos, los combates verdaderos en los campos de batalla. Anduvo reacio en ir á Cataluña, y nunca se resolvió á ir á Portugal, pero siempre estaba pronto para romper lanzas en la plaza de Madrid.

El pueblo veia aquellas lujosas cuadrillas de caballeros que salian á correr las sortijas ó á rejonear un toro, chorreando plata y oro y joyas, asi en sus trages como en los arreos de sus caballos, y que esto se repetia en los nacimientos de cada príncipe, en las bodas reales, en la venida de cada personage extranjero, en los bautizos y casamientos de los hijos é hijas de cada manate, en celebridad del mas pequeño triunfo de nuestras armas, con el mas frívolo é insignificante pretesto. Y era menester que fuese ciego y que estuviese privado de toda facultad de discurrir

para que no le afectára el contraste de aquel lujo con su miseria, el cotejo de aquellos espectáculos con el espectáculo de las tropas sin racion y sin vestido; y no comprendemos, si no nos lo esplica la postracion en que el pueblo habia ido cayendo desde Felipe II., cómo pudo tolerar en paciencia que asi se divirtiera la córte mientras se arruinaba la monarquía.

Lo que hacía, si, era desahogar su disgusto y mal humor en folletos, pasquines, comedias, sátiras y escritos de todo género, mas ó menos ingeniosos, contra el rey, contra sus favoritos y contra el mal gobierno, que circulaban, aunque subrepticamente, con gran profusion, manuscritos los mas, pero impresos tambien algunos, que de una y otra clase se conservan todavía en nuestras bibliotecas y archivos en abundancia (1).

Tambien indicamos ya algo de la aficion del rey á las comedias, y lo que era peor, á las comediantas. En el primer concepto dispénsanle algunos el honor de haber sido él mismo autor dramático, ocultándose bajo el incógnito, entonces muy usado, de *un ingenio de esta córte*. Pudo ser esto cierto (2), aunque para

(1) De entre los muchos papeles de esta especie que hemos visto citaremos solo algunos que pueden servir de muestra del modo como se ejercia y manejaba la critica en aquel tiempo.—Comedia satírica contra el gobierno de Felipe IV. y sujecion al conde-duque de Olivares. MS. de la Biblioteca Nacional, M. 183.—Sátiras contra la córte y gobierno de Felipe IV. y de Carlos II. Ibid. M. 80.—Carta del profeta Elias: es el juicio en el tribunal de Dios, donde se hacen cargos á los ministros, se censuran los ministros y los poetas de aquel tiempo.—Sátiras contra el gobierno del conde-duque, etc.

(2) Atribúyelo la tradicion las comedias tituladas: *El conde de*

nosotros no lo es tanto, ni para el público y para la posteridad quedó tan evidenciado como el testimonio que de su afición á las cómicas dejó en el fruto de sus amorosos galantéos á la María Calderon. Inoculóse aquella afición á toda la familia real, y la reina y las infantas representaron comedias, como la que se ejecutó en los jardines de Aranjuez, y la que se hizo para celebrar la venida de doña Mariana de Austria. Escusado es decir que los cortesanos y la corte, y tras ella todas las clases fueron participando del gusto por estos espectáculos. Afición, no solo disculpable, sino plausible y noble en todos, y hasta en el mismo rey, si no hubiera excedido los límites de la moderación, y con su exceso no hubiera dado lugar á que algunos, no sin razón, digan que así como el reinado de Felipe III. fué de conventos y de frailes, el de Felipe IV. fué de cómicos y de comedias.

Hubo no obstante un período, el período en que Felipe IV. se entregó al recogimiento y se aplicó al cuidado y despacho de los negocios, en el cual llegaron á prohibirse las comedias, como lo habían estado en los últimos tiempos de Felipe II. (1). Pero la afición

Eser, y *Dar la vida por su dama*, y otras dos ó tres en que dicen tuvo parte. Hay motivos para creer que en efecto cultivó las letras, y en la Biblioteca Nacional existen dos traducciones manuscritas que pasan por suyas, una, de las *Gueras de Italia*, de Francisco Guicciardini, y otra, de la *Descripcion*

de los Países Bajos, de su sobrino Luis Guicciardini.

(1) Ya en 1545 el clero había conseguido que se prohibiese la representación de las comedias de Torres Naharro. En 1548 pidieron las cortes al emperador que prohibiera la representación ó impresión de todas las farsas obscenas ó

y el gusto por este espectáculo habían echado tan hondas raíces en el pueblo, que á pesar de la prohibición seguían representándose en muchas ciudades y villas de Andalucía y de Castilla, y hasta en Toledo y su comarca, casi á la presencia del rey. Publicábanse escritos, que se dirigían al mismo monarca, demostrando la utilidad de este recreo y la conveniencia de que volviera á permitirse, y se citaban los ejemplos de Francia, de Lombardía, de Nápoles, y de otros pueblos católicos, inclusa la misma Roma, en que esta diversión se permitía y consideraba como útil para entretenimiento del pueblo y nada contraria á la religión. Clamaba la villa de Madrid por que volvieran á abrirse los teatros, pues estando destinados sus productos al sostenimiento de los hospitales y de otros establecimientos piadosos, y faltándoles los

indecentes. Sin embargo, solo se suspendieron los espectáculos escénicos con motivo de algun duelo, ó cuando sucedían grandes calamidades. En 1587 Felipe II. consultó á una junta de teólogos sobre la súplica que se le había hecho de mandar cerrar los teatros, pero resolvió tolerar esta diversión, sujetando las obras á una censura severa y escrupulosa. En 1597 los mandó cerrar con ocasión de la muerte de la duquesa de Saboya, y poco antes de morir consiguieron los enemigos de las representaciones dramáticas que las proscribiera del todo. En 1604 Felipe III. oída otra junta de clérigos y seglares, permitió que volvieran á abrirse los teatros, aun-

que limitando las funciones á algunos días de la semana, y á los festivos, pero prohibiendo lo que parecía licencioso ó inmoral en las comedias. Dióse mas ensanche, al paso que creció la afición en el reinado de Felipe IV. hasta el punto que hemos visto, y despues de la corta interrupción que mencionamos en el texto, continuó en boga el espectáculo hasta la muerte del rey en 1665, en que se suspendieron otra vez las funciones á causa del carácter ambiguo y supersticioso de la reina regente.—Ticknor, Hist. de la Literatura española, tom. II. cap. 24.—Jovellanos, Origen de los espectáculos.—Historia del teatro español.

seis cuentos de maravedis que aquellos rendían, parecían estos asilos de la humanidad doliente, sin que se halláran arbitrios que pudieran reemplazar á los productos de los coliséos ⁽¹⁾.

En su virtud consultó el monarca al Consejo Real, para que le informára sobre el memorial de la villa de Madrid suplicando diese licencia para que volviera la representacion de las comedias. Nueve consejeros fueron de dictámen de que no debería otorgarse el permiso, pero el presidente y cinco individuos del Consejo dieron un luminoso informe, demostrando, no solo la conveniencia, sino la necesidad de que volvieran á abrirse estos espectáculos, apoyándose ya en razones de autoridad, ya en motivos de utilidad pública, concluyendo por aconsejar al rey que se formáran inmediatamente compañías y se buscáran y trajeran los actores de mas fama ⁽²⁾. Este dictámen, que estaba en

(1) Lo mismo sucedía en otras ciudades. El corregidor de Valladolid escribió al presidente del Consejo Real don Lorenzo Ramirez de Prado, manifestándole que con motivo de la supresion ó prohibicion de las comedias, era tal y tan lamentable el estado del Hospital de niños expósitos de San José y el General de aquella ciudad, que en el año anterior (1647) habian muerto doscientos de los quinientos niños que en él habia, «por no haber cómo pagarles las amas,» y que viendo esto, sucedia que algunas personas en lugar de enviar los niños al hospicio los arrojaban al rio, donde ya se habian encon-

trado algunos, pues el arbitrio de dos maravedis en libra de pescado que se habia impuesto para suplir los rendimientos del teatro, «ni pudo, ni convino que se ejecutase.»

(2) Consulta del Consejo Real en 1648, Tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia, Est. 25, gr. 3.ª C. 35.—Los consejeros que opinaron en favor del restablecimiento de los teatros fueron, el presidente don Lorenzo Ramirez, don Bartolomé Morquecho, don Martin de Arnedo, don Antonio de Lezama y don Martin de Larreategui.—Discurso sobre la prohibicion ó permision de las co-

el sentimiento y en el deseo de todo el pueblo español, fué el que prevaleció, y restablecidas que fueron las representaciones escénicas, prosiguieron siendo el recreo y la afición predilecta del rey, de la corte y del pueblo, hasta el extremo que antes hemos expresado.

Pero esta desmedida afición, que tan perniciosa pudo ser á la administracion y á la política del reino, contribuyó á dar á este reinado una de las glorias mas apreciables en las naciones cultas, la prosperidad de la literatura y del arte dramático, que llegó á su apogeo en aquel tiempo, y nunca y en ninguna parte se cultivó con mas talento y con mas entusiasmo. El impulso venia dado de los reinados anteriores, y el Fenix de los Ingenios, Lope de Vega Carpio, que floreció en el de Felipe III., y alcanzó bastantes años del de su hijo, fué como el anillo que eslabonó la historia del progreso dramático de aquél y de éste. A beneficio de aquel impulso, y del favor especial que les dispensaba el cuarto Felipe, brotaron ingenios como Calderon, Velez de Guevara, Montalvan, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcon, Mira de Mescua, Mendoza, Fernando de Zárata, Solís y varios otros, que elevaron las obras dramáticas á un grado de perfeccion admirable; sin contar otra multitud de autores, si bien

medias, por don Luis de Ulloa Pereira, en diciembre de 1649, dedicado al Excmo. Sr. duque de

Medina de las Torres: en el mismo volumen, pág. 226.

no de los de primer orden, pero no de escaso mérito, entre los cuales alguno, como Villaizan, tuvo la fortuna de atinar con el gusto del rey, que daba una conocida preferencia á sus comedias, y asistia siempre á ellas disfrazado. Hasta á los eclesiásticos, á los jesuitas, á los frailes, les alcanzó el furor de hacer comedias, aunque algunos, como el célebre predicador de S. M. el trinitario fray Hortensio Félix Palavicino, las hicieron de tan depravado gusto como lo eran sus sermones. Pero al lado de las malas y de las medianas se dieron á la estampa y á la escena multitud de obras maestras del arte, que elevaron el teatro español á su mayor altura, y tanto que sirvió de escuela y de modelo á los ingenios y á los teatros de otras naciones, y sobre ella se alzaron las obras inmortales de Corneille, de Racine, de Moliere, de Scarron, de Douville, de Quinault, y otros autores franceses (1).

Con tales autores y tales obras, y con la afición y el favor que el arte obtenia del rey, de la corte y del público, no podian dejar de abundar los buenos actores y actrices, dignos intérpretes de tantas bellezas dramáticas. Sobresalieron en este género, la María

(1) Pellicer: Origen de la comedia.—Nicol. Anton: Biblioteca Nova.—Baena: Hijos de Madrid.—Fuster: Escritores valenc.—Rojas: Viajes.—Pellicer: Notas al Quijote.—Ticónor: Hist. de la Literatura Española.—Puybusque: Historia comparada de las Literat. españ. y francesa.—Historia del teatro francés.—Huerta: Teatro Es-

pañol.—Sismondi: Literatura del Mediodía de Europa.

Puybusque, en la nota 4.ª al cap. 6.º del tomo II. de su Historia comparada de la literatura española y francesa, inserta un largo catálogo de autores franceses que tradujeron piezas españolas de la segunda mitad del siglo XVII.

Calderón, á quien hicieron mas famosa los amores reales que los que tantas veces fingiria en el proscenio; la Baltasara, que acabó llorando en el retiro y en la soledad los ruidosos y alegres goces de su anterior vida de cómica; María Riquelme, el tipo opuesto, porque se distinguió por su recato y sus virtudes durante el ejercicio de su profesion; Francisca Beson, cuya fama creció en los teatros de Francia, de donde vino llena de palmas, de escudos, de años y de enfermedades; María de Córdoba, conocida por el sobrenombre de Amarilis; Bárbara Coronel, varonil como su apellido, y que dejó larga fama por sus aventuras; Josefa Vaca, que agradaba tanto por su belleza como por su habilidad, y tuvo también la fortuna de unirse al príncipe de los representantes, que así llamaban á su marido Alonso Morales; Roque de Figueroa, los dos Olmedos, Sebastian de Castro, que acompañó á la infanta doña María Teresa, reina de Francia, á París, representó con grande aplauso en la capital de aquel reino comedias españolas y volvió cargado de coronas y de dinero; el gracioso y desvergonzado Juan Rana, animacion de los espectáculos, y alegría de los espectadores; con otros que no hay para qué enumerar.

Si bien la literatura dramática fué la que alcanzó la palma en este reinado, no dejó también de cultivarse la poesía épica y la lírica, la novela, las obras y artículos de costumbres, y otros ramos de las bellas

letras. Los nombres de Quevedo, el príncipe de los ingenios, político, filósofo, moralista, poeta, romancero, narrador y crítico; de Melo y Moncada, joyas entre los historiadores de sucesos particulares; del divino Rioja, el inimitable cantor de las *Ruinas de Itálica*; de Juan de Jáuregui, el traductor de *Aminta*, que tuvo la rara gloria de superar al original; de Espinosa y Villegas, el Teócrito y el Anacreon españoles, serian bastantes, cuando otros no hubiera, para dar honra y lustre á la cultura intelectual y al progreso literario de un reinado; cuanto mas que si citamos á los que se aventajaron mas en cada género, no nos toca poner el catálogo de todos los que lograron alcanzar un nombre honroso en la república literaria.

Verdad es, que en cambio de este desarrollo de la poesía, y de todo lo que se comprende bajo el nombre de buenas letras, nótase un vacío lamentable en los conocimientos filosóficos y en el estudio de las matemáticas, de la física y de las demas ciencias exactas. Como en medio de un vasto arenal sorprende encontrar un árbol frondoso, asi se estraña hallar en este reinado el libro de las *Empresas politicas* de Saavedra, donde al lado de una filosofía profunda, y de un exacto conocimiento del corazon humano, se ve campar la libertad del espíritu en materias que ó no se trataban ó se trataban con encogimiento; bien que le favoreció haberle meditado y escrito en tierra

estraña ⁽¹⁾. Asi en materias de economía y administracion se encuentra tambien con estrañeza, la *Conservacion de Monarquías* de Navarrete, donde al lado de los errores de la época en lo relativo á la administracion económica de los estados, errores que, como otras veces hemos dicho, eran comunes á todas las naciones y no exclusivos de España, se leen máximas muy provechosas acerca de la acumulacion de bienes en manos muertas, del crecido número de comunidades religiosas, de la inconveniencia de las pequeñas vinculaciones, y otros puntos de gobierno económico. Por lo demas, aun en las ciencias teológica y jurídica, en aquellos siglos tan cultivadas, se ve ya cuánto se dejaron llevar los mejores talentos hácia el escolasticismo y el comentarismo, que hicieron de las dos ciencias, asi en las escuelas como en los libros, dos fuentes de interminables y estériles controversias, de acalorados bandos, de difíciles acertijos, útiles solo para aguzar los ingenios y ponerlos en tortura, pero con los cuales perdió mas que ganó la antigua y sólida teología positiva de los Santos Padres y la verdadera ciencia del derecho.

La causa y razon de haber progresado tanto el drama, la poesía, y la bella y amena literatura, al paso

(1) Capmany considera á don Diego Saavedra y Fajardo como maestro en los dos géneros, el grave y el ligero, y Puibusque le reputa el primer escritor del reinado de Felipe IV. Ademas de las *Empresas politicas*, escribió la *República literaria*, y la *Corona Gótica, Castellana y Austriaca*.

que, ó se estacionaban, ó se corrompian, ó se abandonaban del todo otros ramos del saber, precisamente los de mas importancia y los de mas utilidad, la hemos señalado ya otras veces, porque no era solo propia de este reinado, sino que radicaba en los anteriores y venia de ellos. Ya en nuestra reseña crítica del siglo XVI. dijimos que la Inquisicion, comprimiendo y avasallando los espíritus y poniendo trabas al pensamiento y cortando su vuelo en la libre emision de sus ideas, en todo lo que pudiera rozarse con las materias que aquel adusto tribunal habia hecho objeto de su escrupuloso exámen y de sus severos fallos, los ingenios españoles se refugiaron por necesidad y por instinto al campo neutral de la poesía y de las bellas letras, que era el menos peligroso y el mas desembarazado y libre. En el reinado de Felipe IV. llevaba ya la Inquisicion siglo y medio de no interrumpido ejercicio, asi como en este tiempo habia sido trabajado, cultivado y sembrado, y dado ya excelentes y abundantes frutos el campo de la amena literatura. Fuéles pues fácil á los ingenios de este reinado, protegidos ademas por el príncipe que gobernaba la monarquía, mejorar y perfeccionar aquellos frutos, y progresar en la senda que encontraron abierta y trillada.

Peró este mismo progreso y desarrollo, esta misma perfeccion de la literatura, tenia que traer su propia corrupcion y decadencia, si no se enriquecia con otros conocimientos humanos que habian de alimentarla y

darle nueva vida, y esto es lo que aconteció con rapidez maravillosa antes de terminar el reinado de Felipe IV. Siendo la poesía, no una ciencia, sino una forma y una manifestacion de las ideas preexistentes en una época, si los conocimientos en otros ramos del saber no venian á enriquecerla, si se encerraba en sus propios y estrechos límites, tenia que acabar por devorarse á sí misma. El que se sintiera con genio creador y aspirára á ser original, no pudiendo serlo en el fondo habia de querer señalarse y distinguirse de sus antecesores en la forma, y en ella habia de buscar la gloria que ya no podia alcanzar ni por la imitacion ni por el perfeccionamiento. Esto fué lo que le aconteció á Góngora, inventando para singularizarse aquella afectada cultura, que de su nombre se llamó *Gongorismo*. Y por eso tuvo pronto su escuela tantos sectarios, porque descubrió una ingeniosa y nueva aunque viciosa manera de lucir las galas del ingenio. Plagóse al instante el campo literario de imitadores de aquel culteranismo, y se estragó y corrompió rápidamente el gusto de la buena y clásica literatura.

En vano intentaron atajar el progreso de la nueva escuela ingenios como Quevedo, Lope, Rioja y Jáuregui, descargando algunos sobre ella los terribles golpes de la crítica y las punzantes saetas de la sátira (4). El contagio los alcanzó á ellos mismos, y no les

(4) Lope declaró una guerra á muerte á lo que él llamaba *la ger-*

fué posible detener la corriente de aquella epidemia. Por el contrario hubo otros, como Gracian, que asistido de su amigo Lastanosa, quisieron reducir á reglas lo que era un deplorable extravío ⁽¹⁾. Ello es que la peste del culteranismo cundió y se extendió á todos los escritos, hasta á los históricos, y no se estampaba libro, ni se publicaba romance, ni se predicaba sermón, que no estuviese salpicado, cuando no atestado de palabras ampulosas, de conceptillos agudos, de pedantescos retruécanos, de voces latinizadas ó grie-

ga cultidiablesca, y escribió aquel famoso soneto que concluía:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—;Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.

Quevedo escribió contra el culteranismo, *El libro de todas las cosas y otras muchas mas*. Y bien conocido es el escrito titulado: *La culta latini-parla*. Jáuregui escribió su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*.

(1) En su *Agudeza y arte de*

ingenio. No conocemos nada que dé mas cabal idea de la ridícula extravagancia á que llegó el mal gusto que la siguiente composición de Bartolomé Gracian, por otra parte tan circunspeto y grave en otras obras. Describe la aproximación del estío, y dice:

Después que en el celeste anfiteatro
El ginete del día
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso foro,
Vibrando por rejonos rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la Aurora.
Después que en singular metamorfosis
Con talones de pluma
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, etc.

gas, de violentas trasposiciones, de forzadas é ininteligibles alegorías, dándose mayor mérito á lo que menos se comprendía, y llegando á ser verdad aquello de: «soy yo quien lo digo y no lo entiendo,» y lo de: «mas me confundo cuanto mas lo leo.» Y aun en el principio todavía al través de la corrupción se conservaban y entreveían pensamientos y formas de la buena escuela clásica, pero después se abusó hasta del mismo gongorismo, y apoderándose de él los talentos vulgares, llegó el mal gusto después de Felipe IV. á su mayor depravación y envilecimiento.

Concluiremos esta breve reseña del progreso y decadencia de nuestra literatura con las siguientes elocuentes palabras de uno de nuestros mas respetables críticos contemporáneos: «Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentación de una hermosa dama ricamente ataviada; en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obliga Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita, no ha-